TAN FUERA DE ESTE MUNDO

OSMAN ARANGUIBEL

EDITORIAL CABILDO

TAN FUERA DE ESTE MUNDO

EDITORIAL CABILDO

OSMAN ARANGUIBEL

TAN FUERA DE ESTE MUNDO

© Osman Aranguibel
ISBN 980-265-049-3

ILUSTRACIONES: Kiko

PORTADA y MONTAJE: Carlos González

IMPRESO POR: Servicio Gráfico Editorial S.A.

Teléfonos: 41.36.22 / 41.94.69

Edición: 2.000 ejs.

Caracas, septiembre de 1985

A mis amigos y paisanos:
Omar Higuera Román
y Rafael Ramón Castellanos

CASI AL AMANECER

KIO

Ella buscó el sosiego de los linderos de mi hamaca.

Los cercos de sus cuencas aparecían mustios, desolados. Un turbión de cenizas había empañado en su mirada el antiguo brillo purísimo. Y ya no era posible reconstruir, ni siquiera con el recuerdo de otros tiempos, la línea firme y perfecta de su dentadura inmaculada.

Arriba, sobre el asbesto, sonaba el orecer del sol reverberante.

Casi no la conocía... ¿Cómo hubiera podido ser de otra manera? Sus seis años de ausencia, desde cuando partió, en la alta madrugada, hacia esta tierra distante, no sólo me habían privado de la fragancia de su rescoldo insustituible sino que me habían disipado la exactitud de su figura.

Salvo cuando volvió a hablar, con sus manos condolidas sobre el abandono de mis pies.

—¿Por qué Andrés? ¿Por qué tan sucio y descuidado?

Las mismas resonancias del timbre inolvidable. El mismo dejo que la montaña sembró en su pulpa simple de verada. El de la noche del viaje sorpresivo, cuando entre las brumas del brusco despertar comprendí cuál era la causa de los ruidos apagados, de los balbuceos, de los llantos contenidos... "Vuelva a la cama hijito, vaya, hágalo por mí... Yo regresaré pronto y le traeré regalos muy bonitos".

El acento de siempre.

Vamos hacia el traspatio, a volver a encender la hoguera en la cocina, casi al amanecer, como todos los días. Yo busco acurrucarme recostado del cimiento. La danza de las sombras espantadas lleva el ritmo al crepitar del fogón embravecido... Un tarareo de "El valsecito criollo y pasional".

—Gardel era un señor de dientes de oro que andaba con una guitarra en las manos cantando, de casa en casa, canciones a los niños...

—¿Y aquí a la casa de nosotros también vino... Cuándo?.

—Pues sí... Por todas partes anduvo... ¡Ah!, también cargaba una pulsera.

—¿De oro?.

—¡Claro!, de oro... Un señor como él tenía que usar solamente prendas de oro. Porque era un artista al que todo el mundo quería mucho y

por eso le correspondía lucir muy bien.

—¿Como a quién de los de aquí se parecía?

—Bueno..., tal vez un poco, por el diente de oro y el sombrero terciado y hasta por la manera de vestir a veces, a don Pedro Riobueno, el señor del correo.

—Pero él carga también una cadena en el bolsillo de abajo...

—Y una leontina, ambas parecidas a las que llevaba Gardel.

Sentí las manos amorosas que me deshacían de las cotizas, sucias y descuidadas, como ella misma me lo había reprendido. Volví a reparar en sus rasgos, que me devolvían desde su marchitez todo el desprendimiento y la ternura que sólo una alma buena puede aposentar y que yo jamás había vuelto a tener... Sobre su imagen se transparentaba la de don Pedro Riobueno, mi ídolo en los duros años de mi desamparo; el inadvertido sostén espiritual de los vestigios de mi mundo roto; el inocente impulsor de mi fe y de mis sueños para recuperar la calidez perdida.

Y aun cuando don Pedro no portaba ni tocaba guitarra —como debía haber sido por razón de justicia—, mucho tiempo después seguía estando asociada su estampa a la leyenda del bardo argentino, que regalaba melodías a los niños, y a los amaneceres roturados por el despliegue multicolor de las candelas y a las confesiones y anécdotas que, día tras día, ella eternizaba con su sabiduría.

Una tarde, por ejemplo, pude oír sorprendido, desde detrás de un biombo, toda la confidencia que ella le hiciera a dos parientes venidos de otro pueblo, sobre la verdad de una historia que llamaban "La fiesta de los trece"... Yo me quedé pasmado. Y aunque era largo el relato de los sucesos, me fue más o menos fácil fijar los detalles importantes, porque, aun siendo un secreto bien guardado, uno de muchacho había podido oír a los mayores referencias entrecortadas, retazos sueltos de aquellas ocurrencias tan llenas de misterio, y además muchos de los nombres de los personajes que allí se mencionaban nos eran familiares o suficientemente conocidos.

Nadie se atrevía en aquellos tiempos a comentar lo sucedido, por lo menos en público, ni a arriesgarse en averiguaciones o juicios que pudieran comprometer su vida. Una aureola de cábalas y temores envolvía y convertían en tabú a estos acontecimientos increíbles.

La fiesta sí la hubo, según las revelaciones que ella hiciera. Fue un baile común y corriente, con música de cuerdas, que amenizó el conjunto de Román Cardona. Se efectuó a las ocho de la noche de un día sábado y en él todo transcurrió con la mayor normalidad; en un ambiente grato, de entusiasmo y alegría. Ninguno de los presentes reparó incluso en que eran trece los participantes —siete hombres y seis mujeres—, circunstancia que sólo salió a relucir después, para buscar explicación a un mundo de cosas extrañas que jamás podrán ser com-

prendidas. Fue una manera muy simple de razonar, no más allá de la superstición, al considerar que la maldición de ese número signó e hizo también maldita aquella reunión.

Concurrieron a la velada: Soledad, la mujer del policía Terán, y un hermano de ella nombrado Quintín Perdomo; Rafaela Sifontes y su marido Miguel Angel; los hermanos Méndez, José Ramón y Asdrúbal, este último acompañado de su mujer Arminda; dos parejas de casados: Arnoldo y Enriqueta Ramírez, y Federico y Cándida Valecillos, además de los novios Jorge Antonio Vivas y Eunice Paredes.

Entre valses, pasodobles y boleros pasaron el duermevela los vecinos de varias cuadras a la redonda. En la casa de los Sifontes los cuerpos se encendían y agitaban, entre risas y algarabías. Los vasos llenos de espirituosos contenidos se movían por toda la sala como una lámpara deslumbrante, enceguecedora. Y finalmente, a las tres de la madrugada, todo quedó en silencio. Cardona y sus músicos se fueron. Por poco tiempo más se oyeron voces y ruidos arrastrados. Hasta cuando amaneció... El policía Silvio Terán fue el primero en quedar paralizado ante aquel espectáculo tan impresionante e inusitado. Todos aparecían tirados, como muertos, por diversas partes de la sala y del corredor, con las ropas desgarradas, volutas espumosas en las comisuras de los labios y expresiones de terror en los rostros verdosos.

Se los llevaron, con los medios que tuvie-

ron a la mano, al hospital de la ciudad más próxima. Ellos fueron recuperándose después lentamente, hasta donde era posible, porque ya nunca ninguno volvería a ser como antes. Y los médicos sólo hablaron, desconcertados, de los rastros de una pócima rara, pero no atinaron a apreciar el origen de tan sorprendentes dislocamientos síquicos y deformaciones corporales.

Pero lo más inaudito de todo fue el rosario de sucesos que se desencadenaron en los dos meses subsiguientes al amanecer de la orgía. Los trece desafortunados concurrentes al festejo fueron cayendo uno a uno en las redes de un designio fatal. Sus vidas cambiaron para siempre o sucumbieron, por más que buscaron de mil formas zafarse del maleficio.

Rafaela Sifontes fue atacado por trece cólicos nefríticos y murió en estado de coma. Su esposo Miguel Angel se envenenó y falleció a los trece días. Soledad, la compañera del policía Terán, se fugó a los campos petroleros en busca de cura para sus desvaríos; regresó en menos de una semana, enfermó de gonorrea a trece de sus más allegados y ella misma terminó aniquilada por su propio mal. Al hermano Quintín Perdomo le metieron trece puñaladas en una riña donde llaman Pueblo Nuevo y pereció intantáneamente. Arminda, José Ramón y Asdrúbal Méndez se volcaron aparatosamente en el kilómetro trece de la carretera trasandina y quedaron irreconocibles. Arnoldo Ramírez y Federico Valecillos se mataron a ti-

ros, por una enigmática rencilla, cuando casualmente el almanaque indicaba el día 13. Cándida Valecillos hubiera cumplido trece años de casada cuando dejó de existir víctima del mal canceroso que había padecido en los últimos tiempos. A Enriqueta Ramírez le extirparon trece cálculos de la vesícula y no resistió la operación. Eunice Paredes se casó con Jorge Antonio Vivas y éste se puso a vivir en concubinato al mismo tiempo con trece queridas. Dicen que por ese motivo ella se lanzó del piso trece de un edificio, cuando se fue adolorida a la ciudad capital en busca de la dicha que estaba escrito nunca podría alcanzar.

Así lo había contado ella. Y cuando ya a la hora de la cena le pedí que lo volviera a referir, para retomar el hilo casi perdido de nuestras existencias, me miró de soslayo y dijo serenamente: "Esas son cosas hijo que nunca se deben contar y mucho menos averiguar". Pero por qué —le pregunté— si sucedieron hace tantos años? "Porque sería como desenterrar la maldición y atraerla sobre nuestras cabezas... Mejor te voy a repetir una de las historias que tanto te divertían, cuando me acompañabas a los oficios de cocina, casi al amanecer".

Y comenzó de nuevo a narrar el cuento de cuando pasó el cometa del año 10. Todo el cielo se estremeció con la presencia de aquella descomunal bestia de fuego. Pero no era su cabeza ni su cuerpo lo que más llamaba la atención. Era la cola, desplegada como el plumaje de un gigantesco pavorreal... Y fue de allí de donde

se desprendieron dos luceros, que empezaron a bailar y a rugir en el aire, alumbrando mucho más las casas y los montes al tiempo que se acercaban. Las gentes corrían enloquecidas, implorando al Santísimo, casi perdida la fe en su salvación... Y al final nada pasó. Un lucero cayó a un costado de la carretera y abrió lo que hoy se llama el Zanjón Colorado. El otro se enterró en una meseta cercana, donde muchos creen haber visto luces de botijuelas en el filo de la medianoche...

El mismo tono inolvidable. La misma envolvente fantasía.

Hoy, en el desamparo de su ataúd, por entre la turbación de mis lágrimas, parece que no fuera ella sino yo, acostado en la hamaca, el día en que su mundo y el mío volvieron a encontrarse.

LA ROTURA

KICO

Los cocuyos desafían el sopor y construyen la miniatura del relámpago. El suelo gomoso va guardando el testimonio de las llantas casi lisas, de las botas 41 y de las cenizas y la sangre... Emiro Valbuena, Supervisor de Operaciones de la empresa Maravén, llega a la pesada oscuridad del pozo TN-5, en las afueras de Cabimas. Un recodo perdido, que sólo cuenta para las cartas petroleras. Un abismo del tiempo, donde el silencio es sin embargo la otra cara de este jueves absurdo que se niega a concluir.

Desciende —presuroso, angustiado— y hace saltar el aro de luz que empieza a bailar delante de sus pasos. Dentro, en la camioneta, la esfinge del vigilante que le hace compañía, el motor encendido y la frecuencia de la radio abierta.

Es el tercer pozo que visita —o que explora sería mejor decir— en cuarenta kilómetros cuadrados. Siempre del mismo modo. Sin dilación, sin margen para riesgos, sin licencias para equivocaciones... Las sombras que lo siguen disimulan veinte años de nubarrones parecidos. De sobresaltos, audacias y temores. De ensueños acunados en las tragedias de las cabrias... "¿Cómo es posible —se interroga— que estas líneas pequeñas no aparezcan en los planos? Pero no hay vuelta, de aquí debe partir la que está rota en la Intercomunal. Ahora mismo va a quedar liquidada".

Avanza, decidido, resteado, como cuando recorría los rieles solitarios del ferrocarril de Motatán. Y siente un peso similar al de la carga de leña y la misma sequedad en la garganta y el abatimiento de los distantes días del abandono.

La orden le resuena como una clarinada. "Encárguese usted mismo Valbuena. Que ese bote no pase de esta noche"... Las charcas aceitosas, el balancín, la red de tubos. Diez o quince minutos. Y el regreso agitado, con el bamboleo de la luz entre los terrones y las matas.

La mano izquierda que se afirma temblorosa en el volante. El salto de ritual hasta el asiento. Y la voz del guardián: "Se apagó solo"... Vuelta a la llave del encendido para seguir la marcha. Para enfrentar el desafío... Un fogonazo estuendoso sacude a la vieja camio-

neta. Emiro Valbuena y su acompañante vuelan a varios metros de distancia.

— o —

Desde las cinco de la tarde empezó a notarse en muchas de las casas que algo fuera de lo común estaba sucediendo... En el barrio San Juan, Arnulfo Rivas abre la llave del lavamanos en el baño de su vivienda a medio construir. Tres o cuatro goterones negros salen revueltos en el agua. El chorro se oscurece cada vez más. Es mitad agua y mitad petróleo... "Bendito sea Dios! —exclama Arnulfo—. Justo lo que nos faltaba. Que nos quieran obligar a beber aceite negro"... Así en la regadera de Betulio Aldana, en La Guabina, y en la pila de Cristino Talavera, en Los Laureles... Ya no es posible evitar que se percudan las poncheras, las ollas, las jarras, los frascos de la nevera. Las manchas negras cunden como epidemia y encienden la alarma general en más de siete vecindarios. Los hombres y mujeres buscan respuestas en las calles. Indagan, calculan, hacen suposiciones... "Parece que se produjo un reventón mamarro en el estanque que surte a Cabimas y Tía Juana. El petróleo cogió las tuberías y la quebrada que está cerca"... "Heraclio el jefe de la bomba se volvió loco con una borrachera y pegó un tubo de petróleo con otro por donde sale el agua"... "Las líneas del agua están podridas debajo de la tierra y el petróleo se les está metiendo de abuso en muchas par-

tes. Tendrán que romper hondo y cambiarlas. Eso durará meses o años"... Cuando algunos se dirigen a la Estación de Bombeo del Acueducto, el vigilante —tranquilo, persuasivo— les dice que sí, que a las tres se produjo una rotura en la Intercomunal y que están tratando de arreglar el accidente.

Más tarde la radio anuncia los detalles de "esta grave y lamentable avería". Promete el restablecimiento del servicio en breves horas y solicita "la comprensión de la comunidad".

— o —

A los pocos minutos de ocurrir la explosión de agua, el teléfono tronó en la oficina de Emiro Valbuena. Un aletazo de sorpresa en el rostro curtido. Un golpe seco en la mesa de fórmica. Y el casco entre las manos, junto a la orden apremiante: "Vámonos a la T-10 en la Intercomunal. Las gentes de la contratista rompieron una tubería matriz del acueducto. Hay un problema peludo con el tráfico".

"Todo ha sido una casualidad, un golpe de mala suerte —explica el caporal de la cuadrilla—. Desde la mañana, cuando comenzamos, las cosas habían salido bien. De pronto la pala mecánica se varó en el fondo de la zanja y al presionar salieron los pedazos de esa condenada tubería. Para colmo es de las gruesas. Más bien parecía que se trataba de una piedra pegada"... Valbuena levanta la vista hacia la manga de agua imponente que se desparrama sobre la carretera. Da la impresión de que fue-

ra a barrer los cordones de casas de la orilla. El rugido del turbión y los gritos de los vecinos se enredan con el sol calcinante... Valbuena imparte las primeras instrucciones. Otros trabajadores de la División de Operaciones se mueven ya en el sitio. Montilla el Asistente corre al Concejo Municipal y a la Inspectoría de Vehículos, a informar y concertar acciones. El, por su lado, parte presuroso a la Estación de Bombeo... "No es posible cerrar las compuertas del agua —informa el vigilante—. El señor Heraclio Mendible que es el jefe no está aquí". "Pero hay que buscarlo sin pérdida de tiempo". "Se fue esta mañana para Barquisimeto. ¿Qué queréis vos que haga yo? El carga las únicas llaves que abren la puerta de seguridad de la caseta".

— o —

Chasquea el chorrerón de agua sobre la carretera y chasquea el trago de whisky en la garganta de Heraclio Mendible... Se encuentra a pierna suelta en un prostíbulo de la salida hacia El Tocuyo. Una tonada ranchera estremece el cascarón de la rocola y hace más rítmico el desplazamiento de la mano de Heráclito en las recondideces de la catira que está en su compañía... Justo a la hora en que el reventón sacudió el aire caliente de Cabimas, él había dicho: "Vengo a inundarme de caña y hembras buenas". Y eso ha hecho. Primero le puso la mano a una china regordeta, la única libre de tres rameras que habían iniciado sus tareas desde la media tarde. "Venite mi amor —le

dijo transportado, tomándola de un brazo—. Vení para que ayudéis a bienvivir a este abnegado funcionario que quiere disfrutar su fin de semana merecido". Una botella de por medio y tragos de menta para el exigente gusto femenino... Bailó y apretujó a la china hasta el comienzo de la noche, cuando apareció, deslumbrante, la catira. Pagó la deuda anterior delante de ella. Estaba rojo y hablaba en alta voz. La reciénllegada, sin embargo, sólo reparó en el fajo de billetes y en el grueso colgajo de llaves que portaba... "¿No serán esas las llaves de la entrada al cielo? —le dijo averiguadora en un momento del jolgorio—. Parece como si las llevaras para acompañar la música cuando estás bailando". "Son la guarda —respondió— de la tranquilidad de muchas gentes".

Ahora, más o menos a la altura de las ocho, el vaporón del whisky mantiene aplanada a la mujer sobre la cama. En el espejo desportillado del cuartucho, los pantalones que cuelgan con un manchón de vómito parecen la parodia de una braga curtida por las salpicaduras de las perforaciones.

— o —

Emiro Valbuena, de regreso al pie del bramido de agua que apunta hacia Tía Juana, no logra comprender la causa real de este contratiempo tan extraño. Cierto es que estaban excavando a dos y hasta a tres metros. Pero este error —se dice él a sí mismo— pudo haberse evitado... ¿Descuido? ¿Ignorancia? ¿Sa-

boteo?... No hay lugar en realidad para sospecha alguna. El más desprevenido incluso puede intuir que se trata de una ligereza inexcusable. "De todos modos, son detalles que los de Seguridad Industrial deberán resolver... Yo a lo mío".

Se mueve en la camioneta por un borde de la vía. La laguna que se ha formado cubre más de tres cuadras, Las aguas desbocadas, han anegado muchas de la viviendas circundantes y han buscado, por entre calles y solares solitarios, hacia las orillas del Lago. Parecen tablas flotantes los techos de varios automóviles hundidos. Algunos muchachos nadan sobre neumáticos gastados. Y hasta una canoa, que quién sabe de dónde fue sacada, cruza diagonalmente la represa y sigue el rumbo de la corriente, impulsada por los remos que entre espasmos accionan dos zagaletones... El tránsito de vehículos fue desviado hacia una angosta y tortuosa carretera lateral. Dicen que la cola llega hasta Lagunillas por el sur y hasta La Rita por el lado contrario... Viene el carro del Presidente del Concejo. "Valbuena, en algunas casas está saliendo petróleo por los tubos del agua". "Sí, doctor, mis gentes están tratando de forzar la entrada a la llave de paso del acueducto. El jefe de la bomba se perdió desde temprano". "Pero... ¿y la línea dañada?". "Estoy saliendo hacia los pozos del área para localizarla. No hay curva. Esa fuga la detendremos en las primeras horas de la noche"... El reloj en el tablero marca las seis y cinco de la tarde.

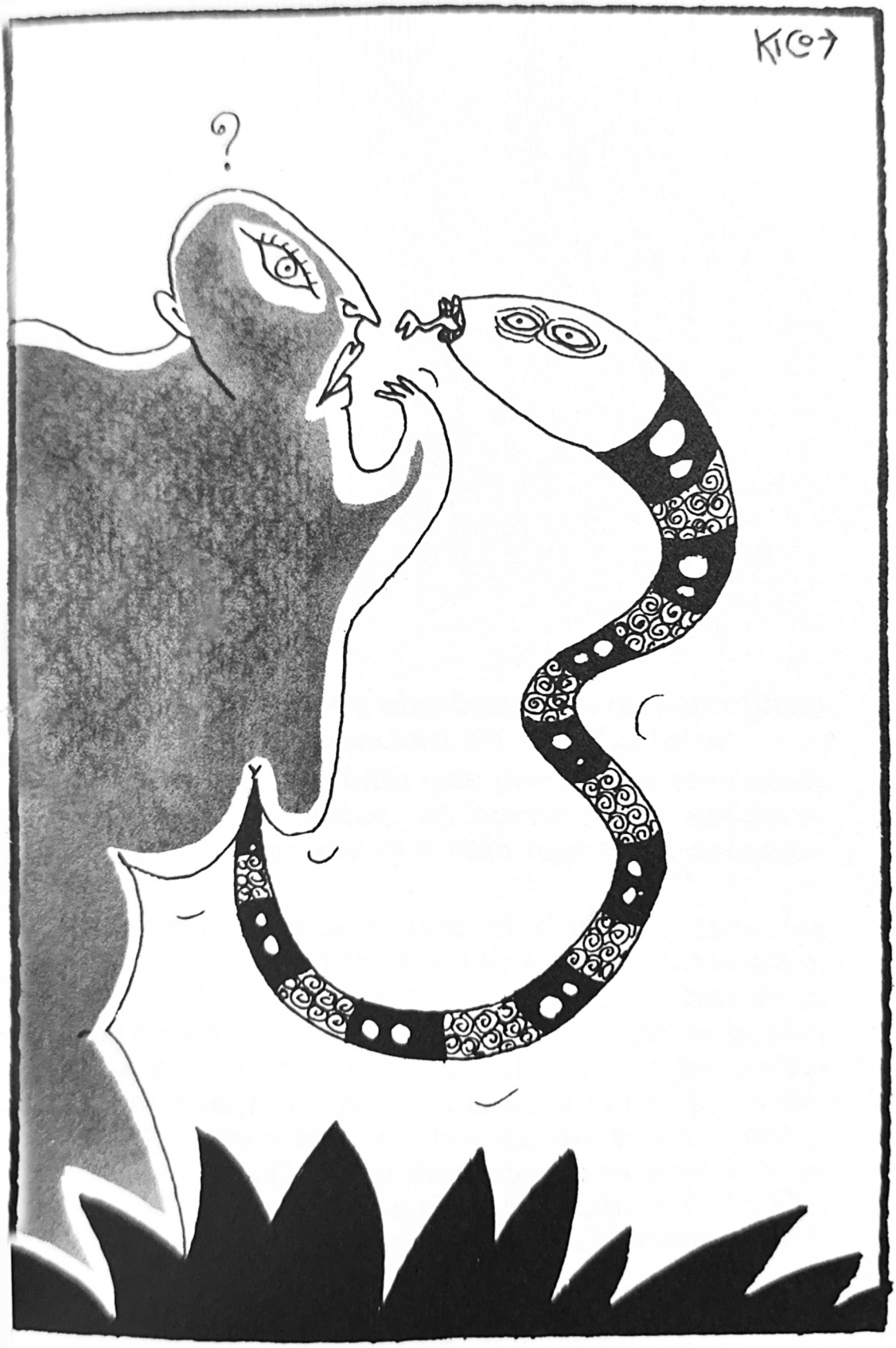
— o —

Valbuena va cortando los primeros tramos de la noche. El guardián al lado, inmóvil, silencioso... Y la persistencia de la voz del jefe debajo del casco protector. "Valbuena, usted responde porque no haya problemas con las autoridades. Procure que se causen las menos molestias a la ciudadanía"... Los lomos de perro en el camino resbaladizo. Los rabipelados que encandilan con sus brasas de susto. Las ciénagas hediondas que apenas dejan libre una trocha... "Valbuena —chilla la radio— ya reventamos la puerta de seguridad de la llave de paso. El chorrerón se apagará en segundos". "Ahora, Montilla, a trabajar toda la noche para reparar la avería"... "Valbuena, ¿vos no izque ibas a traer unos pollos para la cena? Ya van a ser las nueve y ni siquiera habéis portado por todo esto"... Otro latigazo en lo alto del arco de ceniza. Ni un amago de brisa. Siempre la soledad... "¿Dónde estará el Heraclio ese? ¡Qué tipo más raro! ¡Quién sabe en qué andará!".

Valbuena sale aventado por los aires, chamuscado de los pies a la cabeza, y Heraclio salta como monigote hacia un sofá, repelido por la manceba rubia del prostíbulo.

Valbuena casi no oye los ruidos de la calle, envuelto en vendas dentro de un cuarto del Centro Médico de la Avenida Santa Rita en Maracaibo. Heraclio Mendible tamborilea los dedos sobre la mesa, en su oficina del acueducto de Cabimas.

TAN FUERA DE ESTE MUNDO


KICO
?

Lo más que vi fue una bandada de estrellitas que se me apagaban en las lágrimas.

¿Por qué yo tenía que pensar en revuelos, en enloquecimientos, en apretujones sofocantes, en lamparazos que sólo lograban asustarme?.

Mucho menos si uno ni siquiera tiene los nueve años de andar haciendo mandados o corriendo por las calles del pueblo. O sudando la barriguera entre las matas de mango de la plaza. O viendo cuando los autobuses que bajan por la calle principal se paran a veces para dejar a Guillermina, embutida en el colorete y tongoneo, o a Don Publio con sus rumas de animalitos en los quintos de lotería, o al viejo Casal que se la pasa diciendo viva el general Gó-

mez en todas las esquinas.

Me vino el momento y eso fue todo lo que hice. Ni volver a mirar las alpargatas, ni doblarme como una C para escudriñar las dos pelotas fruncidas que parecían guayabitas con pasmo. Ni acomodar cada ruedo de mis pantalones cortos sobre la tierra del empeine para soñar mi hombría y mi ir y venir por las ciudades grandes que harían sonar mi dicha...

Tampoco tú Griselda lo hubieras podido comprender. Aquella escandalera. Aquellos ventarrones de voces, que iban de las sorpresas hasta las risas y alegrías. Aquel vértigo como de orgullo y de esperanza. Como de salvación... "Igor, el hijo de Luis Humberto Carías, quién lo puede creer!".

Si te digo ahora que antes de apostarme detrás de la cerca de cañas sin color nada especial sentí, es toda la verdad. Nada que no fuera mi vida de cada día, de cada hora. Con mis mismos apetitos, mis retortijones y mis ansias. Con la sequedad en los labios de suela que ni la misma agua bendita ni la cerveza que por toneles se bebía Justo Elías podría aliviar.

"¡Igor... quién lo puede creer!".

Y yo en el trance sólo tuve tiempo para pensar...; mejor dicho, para sentir que me iba de mí mismo, que me salía en pedazos, que me quedaba segundo a segundo como una olla vacía, desgarrada, adolorida, sin que nadie se apiadara de ella. Lo único firme y seguro era mi mano izquierda, una palanca de los aceros

más viejos, de las angustias más antiguas, soldada a las cañas bravas que parecían decirme como si fueras hombre; anda, como si fueras hombre.

Hoy no creo que haya sido yo mismo. Aunque don Nolberto en la escuela y hasta la Niña Encarnación en la lección de catecismo me enseñaran que hay tiempo para todo, como dicen las Sagradas Escrituras. ¡Claro, ahora no recuerdo si para eso el tiempo está también pensado en ellas!... Pero sobre todo por dos razones me parece increíble que yo hubiese sido el provocador, para no decir el culpable, de aquellos sucesos tan fuera de este mundo. En primer lugar, por el hecho en sí; por la valentía que no se sabe de dónde pude sacar y por no desfallecer ni siquiera cuando vino lo peor... Y la otra razón: por la gloria que mis pobres actos trajeron a las gentes de todas las comarcas trujillanas y, por qué no decirlo, por la fama inesperada que rodeó mi niñez y llenó del más grande orgullo a mi familia.

Lo que sí te puedo confesar es que también hubo cosas que me dejaron un sabor amargo. Porque cuando uno no ha pecado; cuando uno es solamente una hoja suelta de bucare en el remolino del río, nadie tiene derecho a cargarte intenciones ni mucho menos procederes que no te corresponden... Lo digo sin rencores. Pero lo cierto es que al segundo día, cuando vinieron los reporteros y fotógrafos, ellos pudieron comprobar, al ver lo sucedido y al oír las confesiones de las gentes, que todo era como

mi padre lo decía. Y sin embargo, algunos tuvieron el tupé de poner en dudas lo presenciado por sus ojos y hasta olido por sus narices. Publicaron ciertas dudas que causaron indignación a todo el pueblo e incluso a la inmensidad de personas que vinieron atraídas por la buena nueva. Sembraron la cizaña. Que si la cantidad era exagerada y que si era sospechoso que especies tan distintas tuviesen una misma procedencia y, sobre todo, en un mismo acto de producción, o de creación, como se atrevieron a denominarlo otros... Y hasta unos cuantos siúticos malditos, que nunca faltan, metieron la acidez de su lengua en aquellas maledicencias.

¿Quién más que yo puede dar el testimonio exacto de cómo ocurrió, ese jueves en la mañana, la hechura más grande de mi vida?... ¿Quién, Griselda, si tomamos en cuenta que aquella larga hora de liberación se quedó grabada para siempre, minuto a minuto, en mi ser?

La versión que en los comienzos dio Guillermina, primeros ojos que se posaron en la escena, aparte de los míos, desentonaba un poco, pero apenas en un detalle de orden. Todo lo demás fue verídico. Lo que pasó fue que ella con la sorpresa, apenas tuvo tiempo de contar los montones y de preguntarme la cantidad total de unidades, dejando aparte por supuesto la especie única, que por su mismo esplendor merecía distinción... Salió entonces corriendo con la noticia fresca, hacia la jefatura, hacia la escuela, hacia la iglesia..., por el sol de bucare

reinoso que ya empezaba a bajar implacable desde lo alto de La Floresta. Llevaba la cara volteada hacia el cielo, con más pintura que la que le daba el colorete, y agitaba las arrugas de sus brazos como si fuera envolviendo el aire, así, en unos movimientos que le seguían el ritmo a una música que iba quizás oyendo.

"Dos gruesas —decía—, dos gruesas... y una solitaria más grande que la cabuya de tocar las campanas".

La paz cercana al mediodía empezó a sacudirse. Las calles se llenaron de pronto de gentes nerviosas, incrédulas, espantadas... "Igor, el hijo de Luis Humberto Carías lo hizo;... hizo el milagro,... vayan para que lo puedan creer".

Guillermina había dicho bien cuando contó que eran diez los montones, de a treinta más o menos cada uno, y que por todo la evacuación nunca vista sumaba doscientas ochenta y ocho lombrices, "dos gruesas" como gritaba tan llena de emoción. También fue muy respetuosa de la verdad cuando ponderó el buen aspecto y encantamiento de los delicados animalitos que sin querer eran el trastorno de pequeños y grandes. Y —cómo podía evitarlo— se extendió en alabanzas para la linda solitaria que había venido al mundo terrenal en forma tan extraña, "tan milagrosa", sin bacinilla de leche que la llamara y la atrajese engañada.

Pero en lo que se equivocó Guillermina, y eso quizás por decisión voluntaria, para añadir un ingrediente que hiciera más creíble lo que

estaba informando, fue en los pasos de la deposición. Ella dejó por asentado que había sido de derecha a izquierda. Y esto fue falso de toda falsedad. El primero y más difícil y hasta inhumano montón de rozagantes lombrices fue el de la izquierda. Luego siguieron, uno tras otro, sobre la tierra barrialosa, los otros nueve pequeños promontorios, que me acuerdo parecían brazaletes de plata y a veces, con el movimiento, se asemejaban a cintas de nubes del atardecer.

Inhumano, digo, solamente en cierta forma. A pesar de todo, aquí te confío Griselda que había en ellas un conmovedor sacudimiento. Esta impresión es para mí la más inolvidable, aunque te resulte algo inaudito o creas que fantaseo... Yo no estaba delirando y sin embargo vi en aquel primer cuerpito estremecido y en los demás cuando se desenredaban de su calor y de su intimidad para abrirse a la luz, una pureza y dulcedumbre como de niño expósito. La que despejó al resto la salida, miraba el jadeo de mi cara al revés con asombro... timidez... abandono. Casi pude ver lágrimas en sus ojos.

Con los primeros curiosos llegaron también los primeros forcejeos, apretujamientos, rasponazos, sensaciones de asfixia. Estos fueron los que lograron ver las diez colecciones y el otro ejemplar único al natural, tal como habían sido concebidos, sin alteraciones ni contaminaciones de ningún género. Porque después, por indicaciones del Bachiller Contreras,

que era el que curaba a las gentes sin cobrar y en quien confiaban por encima de cualquier médico graduado, se recogió aquella cosecha de tanto valor en litros y botellas, con un preparado que no recuerdo bien, pero que parecía agua harinosa. Tal vez puede haber sido agua de arvejas o frijoles. Porque la idea era continuar dándoles sustento y mantener vivas a la solitaria y sus doscientos ochenta y ocho compañeras.

Yo estaba a buen resguardo, sobre un largo taburete, en el corredor que daba hacia el patio donde se produjo la evacuación que ya nadie jamás podría olvidar. Y desde allí oí al Jefe Civil, ya establecido el orden en las filas de quienes venían a escudriñar los ciento veinte frascos en los que habían distribuido mis lombrices y el garrafón donde reposaba la solitaria silenciosa, cuando dijo: "Lo que no tiene nombre es la precisión de Igor para cagar justamente dos gruesas de lombrices, ni una más ni una menos... Eso, más que la cantidad, es lo que hará que esto suene en todas partes y es lo que le dará fama". Y la multitud de personas se fue pasando de oído en oído las palabras sabias del Jefe. Y los que salieron a otras partes lo han debido contar. Porque después del primer día empezaron a llegar las avalanchas más grandes, de gentes de todos los tamaños y colores. Unos miraban los frascos, que estaban puestos sobre los tres metros de un mesón, con tristeza o resentimiento, como si una mano abusadora quisiera aprovecharse de unas cosas que eran tan naturales y que no tenían por

qué ser mostradas como en una quincalla o una botica. Otros miraban al mesón y se volvían hacia mí con picardía en los ojos y una sonrisita juguetona... Algunos se persignaban. Muy pocos llegaron a comentar por lo bajo que eso parecía una función.

Después que vino el médico de uno de los pueblos vecinos fue cuando empezaron a llamar tenia a la solitaria y algunos más conocedores o estudiantes la mentaban platelminto. Y los nombres de tenia y platelminto volaron también como viento fresco por las calles. Como salió a saltar de boca en boca el nombre de nematelmintos, que parecía maracucho, conque el doctor bautizó a mis lombrices.

Y así me preguntaban los periodistas, entre los fogonazos de las fotografías, por lo que yo sentía antes de la expulsión de la tenia y de los nematelmintos. Que si me daban mareos, que si sentía llenura o movimientos extraños o dolores; que si me desvelaba por las noches, que si sentía mucha hambre, que si me daban siempre ganas de vomitar, que si me pesaban mucho la tenia y los nematelmintos... Para nada. Para que varios salieran escribiendo después que parecía haber gato encerrado en el caso del muchacho que dicen evacuó una tenia de varios metros y doscientas ochenta y ocho de las comunmente llamadas lombrices. Y agregaban que bien pudieran haber sido recogidas de varias defecaciones (y fue cuando me pude aprender esta palabra) hechas por personas diferentes de la misma vecindad. Sólo así se explicaba, según ellos, que se hubiera dado

el caso sorprendente de que la expulsión alcanzara la suma exacta de dos gruesas. En cuanto a la tenia, llegaron a decir que era por mil razones imposible. Una misma persona, hombre o mujer, no hubiera aguantado esa experiencia. Habría muerto. Y el sujeto de la acción estaba en cambio muy tranquilo, pálido y flacuchento, pero vivo en una silla.

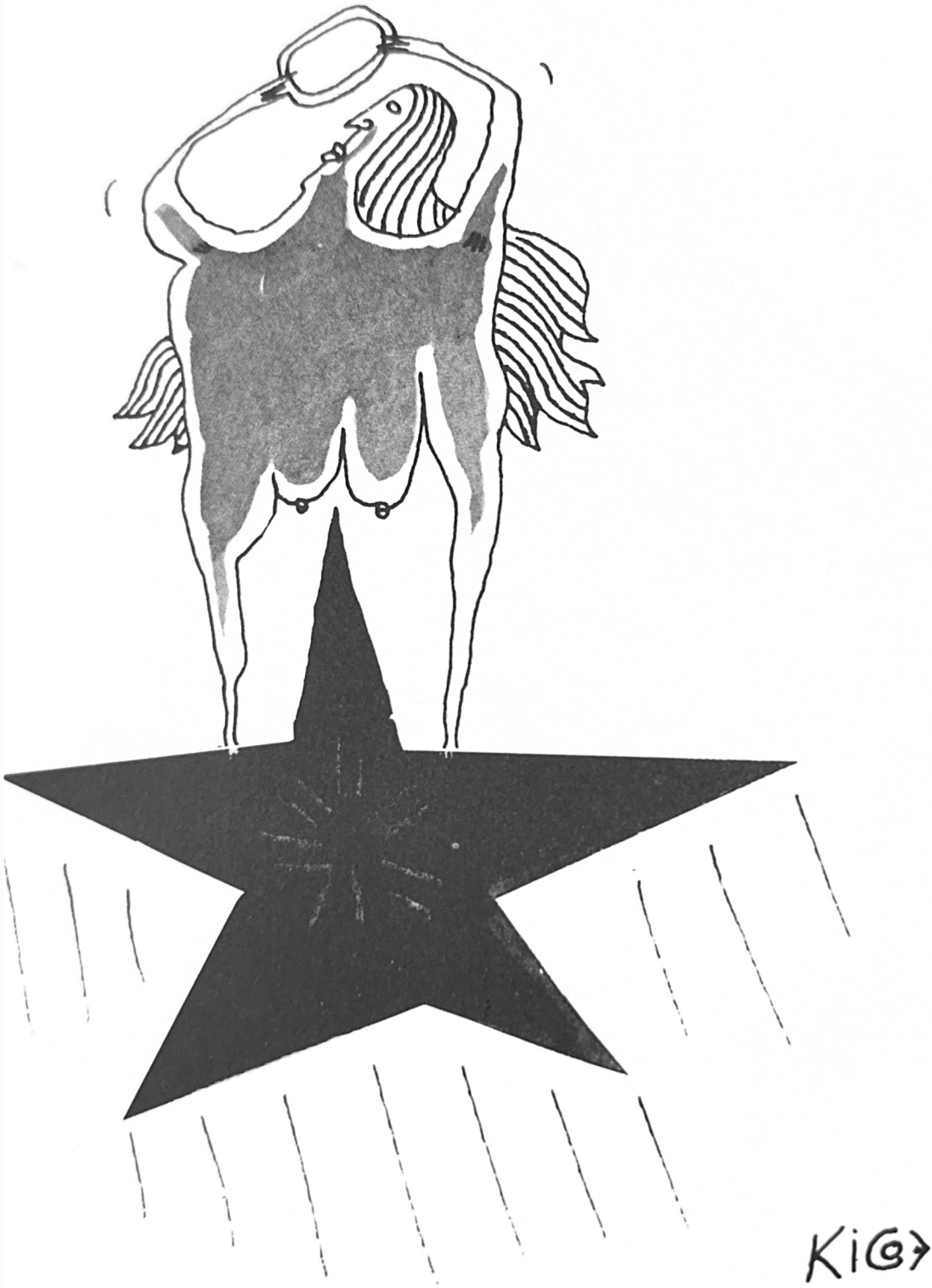
Esos comentarios se desvanecieron sin embargo cuando llegó el telegrama del señor Gobernador, a los tres días de la evacuación. Hubo aplausos y hasta algunos sollozos cuando lo leyó el Jefe Civil, en voz alta: "Hónrame felicitarlo en nombre mi gobierno y pueblo ejemplar usted pertenece por histórica expulsión tenia y nematelmintos que abre interrogante para la ciencia y un reto generaciones venideras (punto) Su trascendental contribución hácelo merecedor distinción colectividad se enorgullece tenerlo en su seno (punto) Una representación Gobierno del Estado impondrá usted medalla y entregará diploma "Buen Ciudadano"...

Las celebraciones terminaron cuando comenzaron a aparecer los compradores de los frascos de lombrices. Para estudios decían. Para coleccionarlas también... Yo no me opuse, porque eso lo estaban manejando el Jefe y el propio doctor... Además, porque yo mismo había tratado con algunas de esas gentes, cuando venían a comprar frascos llenos de chipos. Y ellos en verdad se habían portado muy bien conmigo, porque dar cuatro

bolívares por una botella llena y siete por un litro no es para menos que estar siempre agradecido.

Ahora Griselda se cumplen veintidós años. Y para que veas cómo los tiempos cambian y el mundo se vuelve cada día más indiferente, aun cuando mi obra de aquella mañana de mayo no ha podido ser igualada ni mucho menos superada, nadie se ha acordado ni del impacto que tuvo ni de mis merecimientos.

SI SE DEJO MORIR


KiG

Ya desde apenas contados pocos meses de aquella inesperada ocurrencia, se sospechaba que Dalia había mentido. Y ahora no hay ni sombra de duda.

A Dalia le gustaba decir versos, con voz melíflua, cantarina. Muchas veladas de la escuela fueron copadas por su figura encendida de poses, con los ojos entornados y el espasmo de los vaivenes de las manos, que ella quizás sentía como el arpegio de su declamación. Pero como no era fea y estábamos prendados de sus atributos otoñales, lo que hacía o expresaba envolvía nuestros mundos en revelaciones y máximas, que asumíamos con agrado y hasta con devoción... Su palabra era entonces, en todos esos tiempos anteriores, un soplo cálido, estimulante, a cuya vera se alimentaban la lucidez y la confianza... Hasta cuando empezó a contar las privacidades de la beata, su hermana Cruz Marina.

Esto era lo que más le reprochaban y nunca le podrán perdonar. Porque nadie llegó a achacarle falseamiento el día que dijo: "Cruz Marina ha dispuesto dejarse morir hoy"... Sabían del arrebato místico de la que efectivamente llegó después a desaparecer; de su entrega al más allá, aun cuando su desdichado amasijo de huesos y el descolor de sus pliegues porfiaban por hacerle ver a los demás que subsistía entre los mortales. Por eso, ninguna sorpresa podía causar la determinación de escoger aquel día de abril, justo a las doce del mediodía, para arreglar personalmente y a solas todos los detalles de su tránsito al otro mundo y tenderse en santa paz a esperar el instante sagrado de su ingreso a los predios del Señor... Dalia, sin embargo, no se conoce por cuáles razones, alteró los detalles de la inmolación, a pesar de que algunos de nosotros y otras varias personas logramos huronear, a buen resguardo, la mayor parte de la escena. Dalia también agregó una serie de extrañas motivaciones, que para la mayoría de las gentes no concordaban con la difunta en vida y que tal vez rebuscó en la turbulencia de sus propias pasiones.

Quien haya tenido enfrente, siquiera por furtiva visión, el espejismo del ánima incierta de Cruz Marina, debe haber vivido el ardimiento de la misericordia cuando Dalia —pudorosa, impoluta— hizo la confesión de que una causa de la voluntaria partida de su hermana era el pesar por la vida licenciosa en las mancebías de los campos petroleros. Que Cruz Ma-

rina quiso ocultarlo siempre hasta para ella misma. Pero que la conciencia la llevó a referirle, ya en busca de la mano de Dios, incidencias de aquellos años de placeres... Sintió, en un lustro continuo de sordidedes y oropeles, más de mil quinientos furores y apetencias que buscaron sosiego en sus generosidades.

La primera vez que le sucedió con un extraño fue cuando, en la alta madrugada, sin estarlo esperando, tocaron a la puerta. Un hombre confundido se excusó, con un susurro que devolvía la soledad, que moldeaban las sombras. Ella quedó flotando, sin noción de su propia existencia. Primero el miedo borró las huellas del latigazo de sorpresa. Después las ansias minaron su débil resistencia y movieron sus pasos en dirección del lecho. No hubo un hilo de afecto, ni reciprocidades, ni caricias. Sólo unos billetes lustrosos, relucientes, quedaron como testimonio del enlace. Y abierta una senda de interrogantes, de tentaciones y sorpresas.

Muchas noches fueron de desconciertos. Como la vez que un cliente fogoso entró en una crisis de fatigas y cesó instantáneamente casi al final de sus favores. O el día que el yanqui ebrio la atrajo y con promesas de abundante paga la condujo hasta su residencia de soltero. Tenía una recia estampa y su atuendo y sus modales de varón cultivado inflamaron sin dilación su voluntad. El logró conquistarla, con endulzamientos y melindres, pero no para lo que una mujer de ganada simpatía puede espe-

rar. Buscó el artificio de un implemento hecho para suplantar al miembro viril y se lo colocó a ella, que, anonadada y cohibida sin poderlo evitar, cumplió a fondo su papel en la relación invertida.

Pero todos negaron estas y otras versiones, que eran sostenidas por Dalia en su afán de explicar los motivos que su hermana tuviera para dejarse morir, el día que ella eligió. Aunque, a decir verdad, no fueron estas suposiciones las que produjeron la mayor desconfianza, sembraron la incredulidad y revelaron a Dalia como una falsaria.

Ella dijo que Cruz Marina se había preparado por su propia mano la mortaja. Y que había levantado la armazón fúnebre donde consumiría su último aliento y celebraría sus honras de difunta... Esto fue lo único cierto. Yo puedo aseverarlo, porque fui testigo, entre otros, del momento en que la casi extinta —presa de beatitud— daba los toques finales al acto de su fallecimiento.

Una hoja de la puerta de la ventana que daba al aposento estaba, excepcionalmente, entreabierta... Muy pocos ojos habían podido antes descorrer la penumbra de ese cuarto. De su interior sólo trascendían letanías y murmullos; a veces suspiros o suaves quejidos... Se contaba que Cruz Marina hacía vida de santa y que su recogimiento tenía que ser muy grande porque era una ofrenda al Señor por los humildes. Algunos incluso se habían encomendado a su alma pura. Y a falta de una foto, las gentes

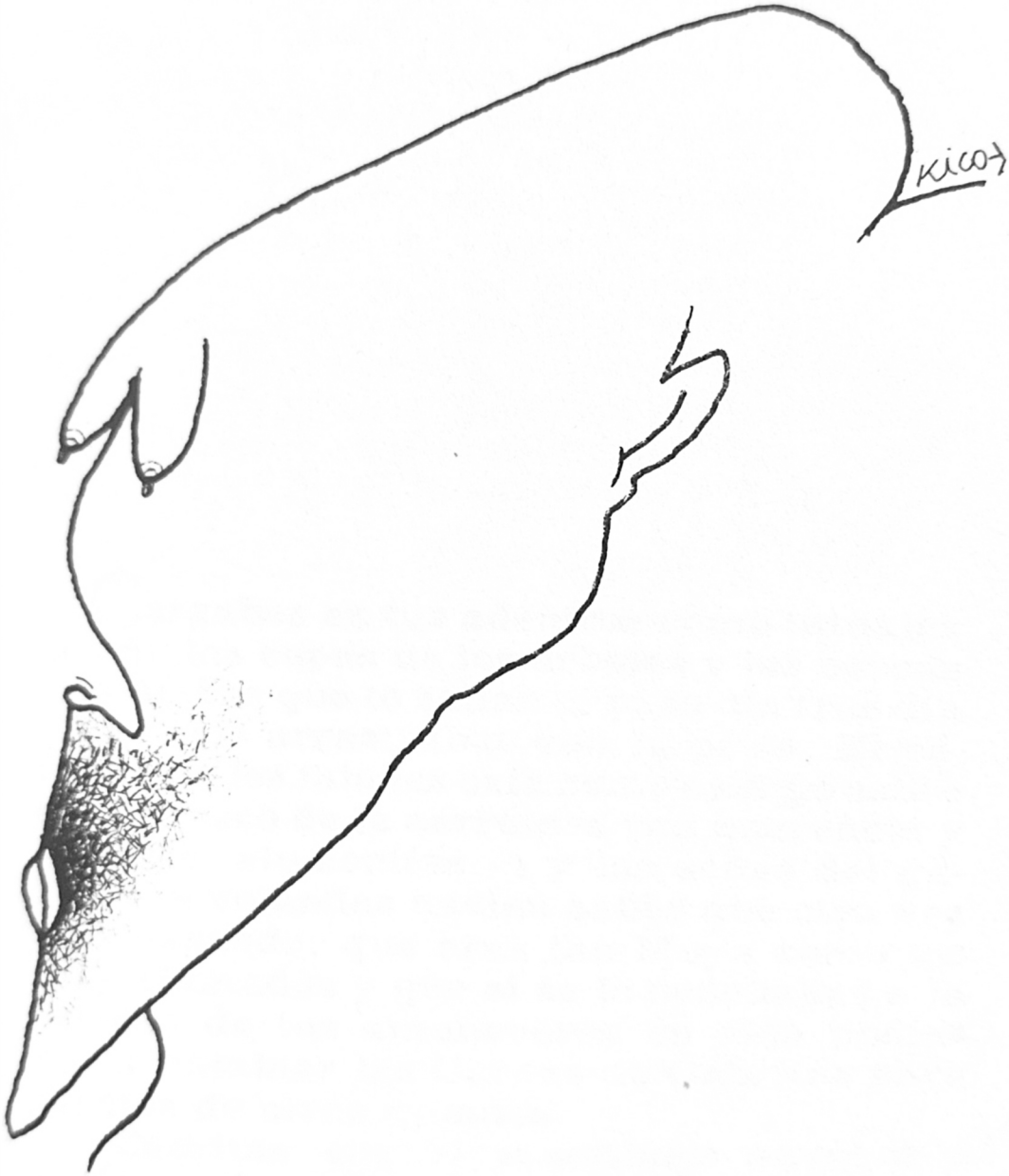
tenían invocaciones con su nombre en los altares de sus casas... Yo la vi cuando levantaba la palidez transparente de su rostro para seguir el desplazamiento de la mano temblorosa que buscaba encender los velones en los seis candelabros. Luego, descalza, envuelta en su túnica negra, se colocó de hinojos —lentamente— frente al Cristo y se curvó en un rezo profundo y prolongado. Después se fue dejando caer, exánime, sin fuerzas, sobre el piso de ladrillos y allí quedó, boca arriba, con las manos juntadas sobre el pecho. Le miraba los movimientos casi imperceptibles de la respiración... Fue cuando alguien cerró la media-puerta y se sintió que pasaron un cerrojo.

Las falsedades de Dalia se empezaron a poner de manifiesto y despertaron el remordimiento de todos los vecinos, cuando al día siguiente abrió las puertas y ventanas y dijo que Cruz Marina, por obra de milagro, se había elevado al Cielo. La mortaja estaba aún extendida sobre el suelo. Un letrero indicaba: "Este es el Santuario de la Beata Cruz Marina / Deposite aquí su Donativo".

Sí se dejó morir —dijo sentida una voz desde la calle, sin estridencia ni irrespeto—. Como ella lo quería. Y teníamos el derecho de darle entre todos cristiana sepultura. Para que su alma no pene...

Se fueron. Cada quien al altar de sus tributos.

¿DESDE CUANDO NO, MOYA.?


Kico

Cargabas en tus adentros como tatuajes de añil las copas de los árboles y las cercas de alambre que te salían al paso día tras día y que casi arrastrabas con tu prisa. El retumbo de los talones caía como castigo sobre el lomo seco de la carretera (mi querencia y desquite —lo sentías—) y las señas del garrote en volandas hacían saber que otra vez ibas pasando; que eras tan Moya como los más afamados y que si se lo ordenabas a la estrella de tus amaneceres en vela podías hacer cambiar las Curvas de Cabritas para montes de otros mundos.

Cabritas era el mandinga aquel que tenía muchas tierras. Le sonaban en las morocotas del bolsillo. Cómo sería que el sol casi no alcanzaba para poderlas alumbrar.

El muy manganzón y vagabundo, que si supiera le hubiera puesto nombres de mujeres a las matas. Porque unas se parecen a las otras... Lo pensabas, te lo decías como surtidero de secretos, hasta que el vozarrón se alzaba para ahuyentar a las tórtolas y perdices... Que si la Rosalía, que si la Chana, que si la Serafina. Y tendría muchas mujeres. Cubiertas de azucenas, de trinitarias, de rosas, de crisantemos... Aunque para mí sólo tú Coqui eres la florecida. Te digo que puedes retrarte en aquel palmo de colina, que es pura seda y de viento fresco como el tuyo. Eso sí, debes quedar con los colores de aquel arcoiris que tú me regalaste, a solas y a escondidas.

Te recogías en los pensamientos mudos cuando te asaltaba el recuerdo de tu Coqui. Y siempre empezabas por volver a verla con su vestido lila, el día de la fiesta cuando te deslumbró. aunque esa noche no hubo arrumacos para ti... Los pédruscos y las sinuosidades del camino tostado se te clavaban en la humedad de las pupilas, de tanto que te concentrabas para fijar en alguna parte su imagen saltarina. Así siempre, con la pastosidad cautivante de su palabra, latente allí en el vértigo de los mundos que lograbas reconstruir... "Me haces falta, cielito"... "Quisiera tenerte día y noche junto a mí"... "No te digo a cada rato que te quiero, pero te lo demuestro"... ¿Quién hubiera podido jamás afirmar que andabas regando confidencias de la Coqui? Nadie, porque más bien era tan

íntimo el repaso de tus momentos de dicha vividos junto a ella que te exigías al extremo, hasta la desesperación, en una actitud que se te había mecanizado, para que ni un simple susurro pudiese revelar su identidad. Sólo asomaban a tu rostro —tan curtido como ausente— reflejos ininteligibles del juego interior de la obsesión.

Por esas expresiones extrañas, sorprendentes a veces, que se alternaban con el sopor de tus largas jornadas, empezaron los curiosos y hasta maledicentes, sobre todo de las calles de los pueblos que se te atravesaban, a llenarse de suspicacias y de risas burlonas. Te seguían incluso a trechos para espiar tus gestos, disimulados bajo el polvo y las arrugas de tu sombrero gacho, un proceder que ni al hurón más obstinado se le hubiera ocurrido si le hubiese sido dado acceder, por minutos siquiera, a la reposición de las escenas que a ti te embelesaban.

¿Cómo ibas a poder olvidar, Orestes Moya, que fueron sus vestidos vaporosos y el frescor de su sonrisa; el ritmo de arroyo de su paso y la escondida avidez de su mirada las prendas que te llevaron a su vera?... Volviste con ella a la fonda que llamaban TS y allí pudiste por vez primera recorrer el dibujo de sus labios y sentir la entrega de su afecto puro. Siempre regresaremos a este sitio, le dijiste. Aquí retornaremos a encontrarnos. Y ella asintió. Como si ambos adivinaran, aún desde el propio principio, que la sujeción a ese símbolo les sería necesaria.

Pero puede que haya sino nada más que una corazonada. Porque después vinieron los muchos instantes maravillosos, buscados y disfrutados con fruición y ansiedad, que enlazaron sus vidas.

Coqui —le proponías—, te espero junto al mar... "¿Es una orden?" inquiría para decir que sí su traviesa hilaridad... Le dabas los detalles confusos del lugar de la cita, "siempre hecho un rollo", como ella te objetaba. Después sentías el suave rasgueo de sus dedos en lo alto de la puerta y la fragancia de la loción inconfundible, que tanto se emparentaba con el propio perfume de su piel.

A Coqui la tomabas de las manos con ternura y calidez, y ella te devolvía el cariño, como si se hubiesen conocido desde siempre, mucho antes de la Universidad, donde también hiciera sus estudios y sobresaliera por su talento natural... Apenas se hurtaban un minúsculo paréntesis de tiempo, una plácida atmósfera de querencias y reciprocidades se iba tejiendo inadvertidamente, sin afectaciones ni ceremonias de cumplidos. Que era tal vez lo que más admirabas en su modo de ser.

Y sólo debido a que un día, sin reparar en nadie, levantaste el ventarrón de su recuerdo y empezaste a gritar, dolido, transportado: "Desde la vez de su única privación, yo ya no puedo...", todos empezaron a armar gracejos y a celebrar con ironía tus impedimentos presumidos. Hasta cuando comenzó la insidia de la pregunta volandera, lanzada con maldad desde la sombra:

—¿Desde cuándo no, Moya?

Entonces un turbión de cóleras sacudía el amasijo de tus nervios. Te crispabas. Eras un energúmeno frente a la irrealidad que pretendía consumir tus mejores esencias.

En las primeras de cambio no atinaste sin embargo a responder con la misma acritud.

Si ellos —te repetías— la hubieran visto cuando entró al apartamento que por primera vez habíamos contratado, para hacer realidad nuestro deseo de amarnos, y cómo desde entonces comprendimos cuánto podíamos darnos uno al otro, no estarían difamando, ni metiéndose a dejar por sentado lo que ignoran... Si conocieran el mundo que creamos, con nombres que solamente nosotros compartimos; con horas eternas que jamás podrán borrarse...

El trote sostenido casi te llevaba a horcajadas sobre el aire montañés. Tallos, follajes, rumores de corrientes y ventiscas rozaban los ardores de tu angustia. De vez en cuando caías en lagunas insondables. Marchabas así por un espacio despoblado, vacío, completamente en blanco. Apenas percibías remotamente el eco de la interrogación: "¿Desde cuándo no, Moya?", que se repetía en una vibración alucinante... Te recobrabas en la cadencia de una música, abrazando el aroma de su cuerpo; en una huída a la privacidad de un paraje acogedor; en unos besos encendidos con el dulzor de vinos y bocados...

Ya no podías pasar con tu talante por las calles de los pueblos, ni aun por los recodos de la vía de tus periplos sin reposo, libre de las malicias, de la sorna, de los decires ofensivos... Buscabas las veredas, las acequias, los descampados y las trochas. Hasta la media mañana en que todas las iras se te juntaron en el corazón adolorido y empezaste a gritarle a los montes solitarios: "Lo que yo ya no puedo, desde la única vez de su rechazo, es saber si aún me sigue queriendo". Más fuerte cada vez. Como un trueno que se perdía retumbando, en ondas de afecto limpio, que se podían ver claramente cuando sacudían los cuerpos de las matas, algunas parecidas pero no iguales a la Coqui.

Y fue ya andando por la mitad del pueblo más cercano, cuando partió de la penumbra de un alero la imprecación maldita:

—¿Desde cuándo no, Moya?

Pusiste el garrote como lanza en ristre, llenaste los pulmones con todo el aire de tus cielos sin mancha y vaciaste el grosor de la declaración que hacía tiempo te estaban requiriendo:

—Desde la última vez que se lo hice a la que te parió.

LA SUERTE ECHADA

KIGO

(A Manuel Fermín
y Luis Alfaro Salazar)

Cuando descendía del automóvil, en la avenida norte del nuevo cementerio, oí que desde la terraza contigua, cubierta de grama, una voz urgida me llamaba.

Era Angela, apenas separada del grupo que ofrecía la despedida final a su esposo y compañero, mi camarada de siempre Enrique Astudillo. El quebranto que emanaba de su palidez profunda era acentuado por el sobrio conjunto negro. Tenía un pequeño cuaderno entre las manos.

—Sergio —me dijo—, lee por favor algunos de sus versos antes de descenderlo.

El fin de la mañana era arrastrado por una tenue brisa. La luminosidad sin mancha que cincelaba los rostros caía sosegada sobre

los verdores circundantes.

Abrí en las primeras páginas y reconocí de improviso, sin recuperarme aún de la inesperada exigencia, varios de los poemas —tres o cuatro— que en varias ocasiones habíamos celebrado y compartido. Estaban escritos a lápiz, de su puño y letra, en ese volumen amable en el que cada pieza constituía la primera versión.

Enrique siempre había sido así, del mismo modo como le gustaba conservar las creaciones de su imaginación, a las cuales por lo demás sólo concedía la importancia que para su fuero interno pudieran tener... Era la primera versión de la autenticidad. Sincero y consecuente consigo mismo, comedido, tolerante, firme y claro en su actitud frente al mundo, o con el mundo, para mejor decir. Eso era lo que le permitía —y jamás se ocupó de advertirlo— ser una persona de múltiples amistades, algunas muy sólidas, como la del grupo en el que prácticamente nos formamos.

Detuve mi vista en las estrofas inconfundibles que él dedicara a nuestro maestro común don Neptalí Bencomo y que por todo lo alto bautizáramos en la vieja taberna "Santa Ana", donde solíamos reunirnos.

Un torbellino de imágenes en flash redobló la carga emocional que me estaba sacudiendo... Porque aquellos no eran unos versos solamente sino el himno de nuestra generación; el documento que recogía la circunstancia de nuestras propias vidas. La de él, la mía y las de

los demás compañeros que una mañana de noviembre partimos del pueblo —ilusionados, anhelantes— a buscarnos un puesto de lucha, que sólo en la gran ciudad podíamos obtener, para formarnos y llenar nuestros sueños adolescentes... Reconstruí automáticamente la hilera de muchachos, sentados sobre sillas plegables, en la Inspectoría de Educación. Eramos los que habíamos logrado aprobar el examen de selección para optar a diecisiete becas públicas... "Usted, usted, usted... —hasta completar los siete primeros— van para Caracas. Usted, usted... —hasta seis— para Rubio. Usted, usted... —hasta cuatro— para El Mácaro"... Enrique Astudillo, Leopoldo Briceño, Homero Cárdenas, José de Jesús Araujo, Heriberto Linares, Eutimio González y yo estábamos acomodados del primero al séptimo puesto... Nuestros destinos echados a la suerte... Sin pérdida de tiempo, sellamos alborozados en aquel mismo momento la más grande camaradería, con un apretón de manos que ya nunca nada podría deshacer.

Sentí que se me bloqueaba la garganta y observé, sin poderlo evitar, que los versos ondulaban, como si estuvieran flotando en un oleaje. Levanté la mirada hacia el silencio expectante. Y allí, a muy contados pasos, fui a dar de lleno con la expresión conmovida de Leopoldo Briceño, y de Homero Cárdenas, un poco más distante, que se apoyaba en el hombro de su hermana Clarisa. En la segunda o la tercera fila se hallaba cabizbajo Chuy Araujo... De un costado emergió de repente Heri-

berto Linares —tal vez al descubrir mi inhibición—, se colocó al borde de la fosa abierta y empezó a decir unas palabras que recogían casi en un todo mis pensamientos y recuerdos.

Heriberto hablaba pausadamente, con soltura y suavidad. No se ocultaban, ni aunque él se lo hubiera propuesto, sus dotes de fácil orador, cultivadas desde mucho antes de graduarse de abogado, incluso desde el propio internado donde estudiamos cuatro años y nos recibimos de maestros... Yo detallaba sus gestos, atildados, serenos, y casi podía oír rediviva la sentencia de Enrique: "Este va a llegar a ser Presidente o por lo menos Ministro. Tiene todo el empaque".

Lo había dicho en el lejano internado, del que tanto recibimos; donde debimos esforzarnos, pero a cambio del ambiente más estupendo y los más felices días de nuestras vidas... Fue en realidad la primera casa ordenada que tuvimos. En ella, Heriberto, con el porte de Gaitán, al que sabía sacar partido, se hizo líder de fuste. Enrique era el poeta, con el bigote y la calva que tanto lo asemejaban a Martí. Leopoldo —catire, ojos verdosos— cobró fama como el mejor auxiliar de enfermería, no se sabe si por su verdadera vocación, que fue la medicina, o por los hoyuelitos en las mejillas y la cadencia en el andar de Esperanza la enfermera. Homero se convirtió en el comunicador por excelencia; un periodista nato que estuvo metido siempre en cuantas publicaciones fueron hechas y hasta en las transmisiones diarias que se efectuaban a través de los equipos de sonido.

Chuy no podía ver un balón, un guante o un plinto de saltar y eso lo llevó directamente a ser uno de nuestros mejores atletas, con participación incluso en competencias nacionales. A Eutimio lo llamaban "ratón de biblioteca", porque se la pasaba en la sala de lectura revisando y acomodando libros, que ha debido servirle de mucho porque llegó a ser un buen profesional de la bibliotecología. Yo, siempre tuve debilidad por la música y todo el mundo sabe que también por la escritura. Pertenecía, sin mengua de tiempo libre alguno, al orfeón y al conjunto musical.

Cargaba conmigo tan frescos nuestros días de estudiantes y nuestras tardes y noches de tertulias, que hasta podía —como efectivamente lo iba haciendo— llevar aparejadas las escenas en mudo de los contrapunteos, del intercambio de vivencias, de los torneos de anécdotas con la oración, sencilla y hermosa, del querido compañero jurista... Cuando hizo referencia a los hijos y a la devoción de Enrique por los suyos, tuve delante de mí todas las incidencias del recital que un día sábado armáramos inopinadamente, con los poemas que cada quien pudo recordar, ajenos casi todos y propios algunos, dedicados a los niños del mundo. La idea había partido en propiedad de Leopoldo Briceño, que andaba orondo entonces porque su mujer Elizabeth había alumbrado un varoncito. El no era exactamente hombre de letras, pero le gustaban mucho los versos y su memoria privilegiada le permitía almace-

nar un nutrido repertorio de las más diversas épocas y escuelas. Aquella vez lo probó con maestría y desenvoltura, al recitar seis o siete composiciones de óptima calidad, "aunque únicamente —lo decía a cada instante— por razones de afición"... Elizabeth sí había estudiado literatura y daba clases. Esta actividad profesional, que les era común, los hacía entrelazar más a fondo sus mundos. Leopoldo enseñaba en la Escuela Nacional de Enfermeras, hasta el momento del absurdo y doloroso accidente que sufriera. Tan similar al del propio Enrique, salvo en que ocurrió pasados once meses.

Esa desgracia de Leopoldo quedó registrada en todos los periódicos. Aún en estos días aparecieron comentarios referentes al proceso de los dos asesinos. Los que aquella tarde lo abalearon en la carretera Lara-Zulia, para despojarlo de su cartera y algunas otras pertenencias, cuando descendió del vehículo a reparar un neumático roto. Las tres heridas que recibió fueron mortales. Todo delante de Elizabeth y sus dos niños.

El no hizo ninguna resistencia. Por el contrario, les imploró a sus victimarios que no le fueran a causar daño físico, ni a él ni a su familia. Una reacción pasiva que había sido siempre aconsejada por el mismo Enrique... Muy distinta de la que tuvo Chuy un par de años después, cuando fue atracado frente a su residencia, a las diez de la noche aproximadamente. Chuy repelió la agresión con prontitud y, aun con dos balas en el pecho que le quitaban la vi-

da, alcanzó a disparar al tanque de gasolina de la moto y ésta explotó en una lenguarada de candela que le costó la vida al asaltante. Chuy no pudo reponerse y falleció inconsciente a los tres días.

Heriberto dijo, elevando la voz y en tono enérgico: "Nuestra dignidad de hombres justos y honestos, responsables y cumplidores de nuestros deberes, se rebela contra hechos bestiales como éste, productos de una sociedad enfermiza, que sacrifica un valor auténtico de nuestra nación, de nuestra cultura, de nuestra razón de ser como pueblo... Porque Enrique Astudillo no fue un educador por el solo hecho de poseer el título de Profesor de Biología y Química. Lo fue eminentemente por su condición ejemplar de ciudadano integral y por haber estado durante más de tres décadas al lado de la juventud, orientándola, compartiendo sus inquietudes, dándole de sí mismo afecto y bondad a manos llenas... Para que al fin de su largo ejercicio haya sido justamente, como expresión de la más trágica ironía, una mano joven, desviada hacia el terror; una mano envilecida que jamás percibió su lección creadora, la que le segara la vida de esta manera tan cruel y abominable".

Al dolor se nos unía una sensación de remordimiento y de impotencia... Yo volví mis ojos a los versos de Enrique. Comprendí que entonces más que nunca leerlos era un imperativo y que tal acto por sí solo adquiría el sentido pleno de una protesta sin fronteras.

Fui, como pude, repitiendo un poco más que a media voz aquellas líneas estremecidas, de legítimo corte alejandrino, con las cuales él honrara la memoria del maestro de la infancia... Cuando pasaba en forma incierta las hojas, para detenerme en otro título, Leopoldo se acercó y tomó el cuaderno en sus manos. Iba a leer, pero antes aspiró fuerte y expresó: "En estos versos está nuestra palabra; nuestra humildad y nuestra gloria. Eso quiere decir que Enrique Astudillo seguirá viviendo por siempre y que el pensamiento y los valores del arte jamás podrán ser asesinados"... Leyó un poema y dijo de memoria otros dos. Rodeó a Angela con el brazo izquierdo y se llevó los textos a la altura del pecho... Después Homero, desde el sitio donde se hallaba, recitó unas estrofas de Vallejo y otras más del propio Enrique.

Algunos iniciaron entre llantos el coro del himno nacional y el murmullo se fue extendiendo como una onda de líquenes de edad primaveral, hasta copar toda la anchurosa planicie y anclar en las estribaciones donde el sol también hallaba su sosiego.

Ya a la salida, Homero informó que Eutimio no había podido estar presente por encontrarse fuera de Caracas. Tampoco asistió al funeral del cuarto aniversario. Y fue su última ausencia temporal, porque ahora es definitiva también.

Un extraño hilo invisible, que en estos últimos años mucho me ha hecho pensar en aquella mañana de nuestros destinos echados a la

suerte, va urdiendo de un modo imperturbable nuestras ausencias y desdichas.

Eutimio y Homero eran socios en una librería. De tanto persistir y afanarse de sol a sol, lograron asentar un negocio, modesto pero en vías de progreso, que hasta una pequeña sucursal tenía en el interior. Pero era como tejer para que ineluctablemente una tercera mano —la misma que destejió también las otras vidas— llegara en su momento a desbaratar la red construída. Así volvió a pasar. A la hora de cerrar, un lunes por la noche, se presentaron tres portaestandartes del terror citadino. Homero, con rapidez que no le era conocida, los enfrentó y dio cuenta de dos de los farsantes. Pero uno huyó y Eutimio quedó fulminado en el suelo, "con su doble dolor de abandonado".

De esto hace apenas cuatro meses... Homero está en la cárcel, esperando la sentencia y yo esperando aquí una orden de secuestro, porque un mugriento leguleyo obtuvo con éxito rotundo el embargo de mis bienes, que son todo esto y nada más... Sólo queda Heriberto. Ojalá que si él no puede salvar mi condición —la humana condición que celebraba Enrique—, pueda siquiera librarse de la suerte echada.

LOS ATRIBUTOS INVOCADOS

Kico

Deslizó el sobre rugoso por la lumbre de la puerta y se esfumó hacia la prontitud celestina del ascensor... Sigilosamente, como lo había concebido y acariciado la turbiedad de tu obsesión.

Como lo piensas ahora, en el cobijo de tu escritorio, ante el óvalo infeliz que te devuelve la mascarilla colgante del espesor de tus pestañas postizas... Y te regodeas, te empavonas y hasta mohínes haces. Sientes una dulcísima corriente de vapores que te llena de arcoiris la sangre. El éxtasis te envuelve, porque bien sabes que uno de tus siete poderes entró en juego y nunca fallará. Eres así —y en todo lo demás— copia sin mancha de Ella, la que te recibió y dio aliento en sus entrañas. Aunque

igualmente pudo haberte engendrado.

Ya las líneas del mensaje letal deben haber explotado en las sienes de la destinataria. Deben haberla curvado de ansiedad y de llanto. Y nada tiene de raro que la desesperación haga un despliegue hacia los lindes de la locura. Pero eso estaba calculado que sería sólo el comienzo. Con las aguas de tu heredaje tú la conducirás hacia el remordimiento y desembocará inequívocamente en la venganza, ésta y aquél efectos de los dones que Ella te legara hasta en las formas de tu cuerpo.

Porque era esa la cantidad de los extraños colgajos que pendían de su sexo marchito, la llamaban Siete Cueros, con acritud no bien disimulada... Ese nombre corrió por las laderas y valles, y en cada sitio fue sembrando la leyenda que arrastraba... Cuando la referían, te parecía que estuviesen hablando de ti misma. En cada detalle, en cada testimonio te ibas reconociendo. Como si toda esa historia de designios fatales, de ambivalencias, de vicios irreversibles y —lo que más repugnaba a las gentes— de formaciones orgánicas que no eran dables en una mujer y hasta rayaban en la monstruosidad, hubiese sido inspirada por ti y fueses —como efectivamente eres— la exacta dimensión del personaje de imborrable presencia.

Esto de que tú hayas mandado el papel con el veneno de la intriga, confirma a plenitud que Ella navega en el caudal de tus esencias. La intriga era uno de los poderes que emanaban de

sus testículos amorfos. Los otros —según las confesiones de quienes más cerca estuvieron de su existencia infortunada— fueron el remordimiento, la venganza, el vicio, la hechicería, el encantamiento y la traición... Para cada caso urdes primero: trazas todo el cuadro del alcance del daño, eliges los cómplices y ardides adecuados, seleccionas el tiempo y hasta el ritmo del proceso. Después, a la hora de iniciación del maleficio, te presionas —con delicadeza innegablemente femenina— uno a uno el atributo cuyo poder debes invocar, conforme a tu libre conciencia, y en el óvalo iridiscente Ella va pasando las imágenes de los aconteceres.

Tú no tienes cómo poder recordar las fuentes de esas facultades tan sobrenaturales. Intuyes eso sí que, en los años distantes y en el pueblo lejano donde transcurrió su vida y sucedió tu alumbramiento, quienes primero te conocieron en Ella el secreto de los siete apéndices erectos —vituperados de profanos— han debido ser las personas inauguradoras de la zarza de tus predilecciones. Ellas mismas, seguramente, estrenaron la acidez de las incomprensibles potestades y se convirtieron en sus divulgadores, para desahogarse... prevenir... fantasear... Ya los aires andaban prendidos de esas sabidurías cuando mucho después, en cualquier recodo de una calle, los muchachos veían derribada tu sombra por el desfallecimiento o la embriaguez, y podían contar los siete cueros, que tantos malos presagios traían.

Te colma hasta el delirio saber que la pobre alma viviente a la que destinaste tu más nueva misiva ha entrado en el vértigo de una experiencia cientos de veces consumada. Pero su instancia es apenas un tránsito. No tiene ningún valor como faro o ribera. Sólo importa la fuerza que generará el torbellino de su iracundia y la precisión conque el dardo incendiario llegará a la nueva víctima inocente. Ella atacará con toda su tormenta. Y tú volverás al disfrute goloso, con ese tic en las pestañas que a veces se te corre hasta las comisuras de los labios y te abraza el flujo de la respiración y el de los promontorios anormales... Como en el más reciente caso de la mujer del cazador de anófeles, La fuiste envenenando con las llamadas telefónicas y tu voz a la sordina. Una lanza tu insidia, ejercida con obsesiva devoción. Tu río crecido y turbulento sacando a flote el nombre de la inventada casquivana, saqueadora de su hombre y de su honra. Los lupanares del amancebamiento. Las horas de la lujuria. Después, el tocamiento amoroso, arrobador, en la protuberancia de la intriga. Y el curare filoso de la carta, que tu saliva sabe introducir con dulzura hasta en los pliegues diminutos. Y la entrega a hurtadillas, también a través de cetosía, por mano de mensajero que lograste, como siempre, comprar. Hasta el final, cuando ya corroída por el daño se maniató en los hilos del poder de encantamiento y vino mansamente a entregarte su alma.

A esta otra, que conoces de cerca, le has admirado su cadencia; el musgo fragante de su cuello, la ceniza tierna del alboroto de su pelo, el color de remanso transparente de su fácil sonrisa. Te ha embelesado la obsidiana vivaz de su mirada y el ardor inocultable de su boca. Pero, aun cuando tu prendamiento es un fogón de efluvios volanderos, ni una simple indicación de su interés has obtenido; ni una muestra ligera de que podrías atraerla al cobertizo de tus sentimientos, por la senda franca de la lisonja y de la pretensión apasionada. Una condescendencia tuya, excepcional, inusitada... Y esto es inaceptable, te dijiste, después de meses de la inútil espera. Del mismo modo que lo fue la impensada resistencia de la joven esposa del vendedor de fantasía. Apelaste con Ella al talismán infalible de tus virtudes genitales. La acosaste —como ahora lo haces con tu nuevo capricho— hasta que se fugó, demencial, transportada, hacia paraderos que nadie ha conocido. Y tú quedaste satisfecha. No vino a mi rescoldo —sentenciaste—, pero tampoco siguió amándose con él.

Tu empeño aparece sin embargo redoblado, en esta ocasión. Te mantienes en vela, expectante, alucinada, envuelta en tu obsesión... La llevas dichosa a las soñadas correrías. Cruzas tu brazo sobre su sedosa, tibia espalda y le haces mimos en sus mejillas-pomarrosas. Le das besos menudos, para sentir la pulpa temblorosa de sus labios, y le susurras cascadas de afecto adolescente... Ingieres nuevamente el

brebaje y el vapor que te recorre las carnes magras se aposenta en el vientre de Ella, de ti, y te produce un dolor agudo, lacerante. Es él quien debe caer —dices en el espasmo de la terrible pesadilla—, para que no disfrute más de su llama inalcanzable... Caes tú, desvalida, irredenta, y oyes las voces de los muchachos que te gritan "siete cueros", "se te ven los siete cueros"... Te sacudes. Te palpas tus dones disminuidos y sientes, sudorosa, asustada, como si fueran mucho más grandes las proporciones del fibroma.

EL CANARIO DE ILIM

Kico7

Subió al vagón del metro una estación más adelante. Su vaporoso terno de algodón se abrió paso hasta la inmediatez de mis cavilaciones... Un ligero ademán sirvió de sugerencia y le cedí mi puesto. En el trayecto, hasta el lugar de su destino, apenas si cruzamos dos miradas o dos o tres esbozos de sonrisa.

Lo que me quedó de ese primer encuentro fue el almendra rutilante de sus ojos y un sabor de nostalgia, de revelaciones confusas que convirtieron su ausencia en el rastro de un enigma.

Ese ovillar de sensaciones empalmó, como un acto reflejo, a la red memoriosa en que solía sumirme —desde mi contacto inicial con la novedad de este tren subterráneo— cada vez que ingresaba a una de sus cabinas... La limpidez, la armonía de sus colores y, sobre to-

do, el fresco aroma de su ambiente, me trasladaban a la presencia sin mancha de El Canario, casi veinte años atrás, en la atmósfera penumbrosa de mi pueblo.

El Viejo lo trae, al final de una mañana, y con voz de contenido orgullo dice para los de la casa: "Ya está aquí. Vengan y vean cómo les parece"... Y aunque yo no conocía entonces la palabra "radiante", con el tiempo he comprendido que eso fue lo que me pareció... Me acerco a él, turbado, orondo. Detallo a todo lo largo de su firme postura la tonalidad de azufre, perfectamente pulida. Deletreo los secretos del color con la inocencia de mis dedos. Arrimo una mejilla a la pureza de la lámina. El corazón me retumba mucho más fuertemente porque no hay permiso para poder gritar... Subo la vista al capacete, de matiz marrón claro, y allí mismo en la parte delantera está inscrito el nombre que según dicen los mayores llevará para siempre... Dentro, un tono gris inmaculado en la carrocería y uno plomizo en los asientos. Me animo a entrar, con el dolor de poner un pie en el estribo impoluto. Asciendo. Busco hacia las cubiertas de madera que guardan las llantas, en la parte de atrás. Las texturas y pinturas de reciente data se juntan con el aire montañés para fijar en mí su puridad.

Volví a buscarla al día siguiente, en la misma estación donde la conocí. Y a una hora similar, pude reconocerla entre los pasajeros que aguardaban su turno. Me coloqué a corta distancia, avancé al interior muy cerca de ella

y busqué asiento a su lado nuevamente. Al mirarnos, yo reparé otra vez en el rútilo almendra y ella —inequívocamente, desde el fondo de su propia ternura— en mi huidiza tristeza y en mi incomprensible cercanía... Fue cuando supe que su nombre era Adriana. Y cuando tuve la alegría de que mi identidad se fuese enredada en sus cabellos castaños y en su cuerpo de tibia pomarrosa. Ya al despedirse me dijo sonreída: "Buenas tardes Oswaldo. Hasta otro día". Con el relumbre de su voz seguí hasta el final de la línea. Pero a trechos decía: "No deja de ser ocurrente que con tanta frecuencia me la pase asociando, así, por puras sinrazones, cosas tan distintas y lejanas".

El tercer viaje transcurrió entre largos silencios, que a veces interrumpía la voz del operador cuando anunciaba la próxima parada. Sólo frases entrecortadas, gestos simples rematados en sonrisas, interrogantes no suficientemente percibidas, rubores disimulados por el ruido de los rieles... Pero ya al cuarto día, a pocos minutos de iniciar el recorrido, ella se ladeó un poco hacia mí y sin volver el rostro inquirió con suavidad: "En qué piensa?... En la novia?"... "No, qué va! —le respondí—. Son cosas raras que uno lleva por dentro... Pensar por ejemplo que este metro pueda parecerse a un camión de colores brillantes que mi padre tenía cuando yo era muy niño... Pero lo que sí le digo Adriana es que hay algunos detalles que he vivido igualmente en aquel tiempo y ahora"... "¡Qué hermoso! ¡Qué interesante!"

—comentó con un dejo de cariño. A mí ha debido encerezárseme la cara, porque sentí una riada de volcanes que ascendió violentamente y me hizo enmudecer... El subterráneo se detuvo. "Chao Oswaldo. Espero que en la próxima me cuente de esa historia mucho más".

Cuando empezamos la nueva travesía, ella se confió más de mí. Me expresó que la habían conmovido mis palabras. Tal vez porque daba clases de música y estaba muy cerca de los sentimientos de las gentes. Que ayudaba en horas libres en una institución de niños huérfanos. Y que ella había adivinado en mi tristeza y en mis cavilaciones algunas de las cosas que le había confesado... Hasta cuando llegamos al sitio de su descenso. "¿Podría acompañarme esta vez?" —me pidió. Muy juntos recorrimos entonces el andén. Ella y yo sabíamos que un tul de dicha nos estaba envolviendo.

Buscamos una mesa apartada de un café. "A ver Oswaldo —requirió sin demora—. ¿Qué otros recuerdos guarda de ese bello metro de su infancia?"... Había dos tazas humeantes de por medio. El ambiente era tranquilo y grato. Aunque estaba turbado por su interés sincero, empecé a explicarle todos los elementos de este extraño desvarío. Desde cuando El Canario fue llevado por primera vez a la calle del frente de mi casa, y la impresión de grandeza que me causó y los días felices y de orgullo que pasé en él o junto a su presencia, que tanto cuidábamos... "No me trates más de usted —interrumpió sin yo esperarlo—. Dime

Adriana simplemente"... Así fue y ha podido ser por mucho tiempo.

Adriana aprovechó para contarme que era hija única, huérfana de padre, a quien no conoció. "Mamá es muy buena y tierna. Vivimos solas, desde mis primeros meses, según ella me confiesa. Lo que más me ha dolido es no conservar ni siquiera una foto donde yo aparezca con mi padre, ni un tonto objeto que a él perteneciera... No sé qué puede haber pasado. En cambio tú guardas todo tan claro desde niño". Tenía un racimo de lagunas de ensueño en sus dos faros reinosos.

—La única diferencia —dije, después de una de las pausas que ya estaban empezando a ser también de nuestras vidas— es que en aquel tiempo pude compartir con alguien la emoción y la felicidad de recorrer los espacios interiores de El Canario; de fantasear en sus asientos o rincones.

—¿Quién era?

—Una amiguita, menor que yo como tres años. Era mi mejor compañera. Tanto que no he podido olvidarla... En El Canario realizábamos viajes de fábula, tan maravillosos como las travesías de nuestro metro.

—¿Y qué fue de ella?.

—Recuerdo que se llamaba Ilim... Tenía una tía, su único familiar. Un día, cuando menos esperábamos, se regó la noticia de que ellas se irían para la capital. Nadie supo por qué, mucho menos Ilim... Cuando ya se mar-

chaban, ella vino a El Canario y sobre la cubierta de las llantas traseras me dijo, anegada en lágrimas menudas: "Me voy Oswaldo; recuérdame por esto", y me entregó un papel doblado en dos. Después hizo un gesto sobre mi cara y bajó en tropel hacia la calle, hasta que se perdió.

—¿Y nunca más la viste?

—No... Todo fue después muy doloroso. Un sábado en la tarde llegaron a decir que había habido una horrible explosión y que entre la gran cantidad de personas muertas o desaparecidas estaban Ilim y su tía... Todos lloramos, pero yo más que nadie.

Adriana tenía ya un papel entre sus manos... Con un marcador de tinta azul dibujó ante mis ojos una casita de dos aguas, una puerta en el centro y dos ventanas, un árbol a la derecha que tenía la copa como un hongo, una cerca de postecitos que la rodeaba y arriba un sol grandote con una ancha sonrisa. Me lo entregó. Dio una vuelta por el lado izquierdo de la mesa, para ponerse frente a mí. Entonces levantó sus dos manos al nivel de mi cara y con las yemas de sus pulgares cerró mis ojos, que estaban para ese momento humedecidos.

INDICE Pág.

CASI AL AMANECER 7
LA ROTURA 19
TAN FUERA DE ESTE MUNDO 31
SI SE DEJO MORIR 45
¿DESDE CUANDO NO, MOYA? . 55
LA SUERTE ECHADA 65
LOS ATRIBUTOS INVOCADOS .. 79
EL CANARIO DE ILIM 89

"Pensamos que Osman Aranguibel se inscribe en la nómina de los que creen en el poder significativo de la palabra. No le han perturbado las nuevas tendencias. No es de los que intentan destruir el mensaje que emana del sujeto, mediante las técnicas hurtadas a la fotografía y al cine. Aranguibel sigue creyendo en la función de la literatura, como lo que ha sido y lo que es: para ser leída".

PEDRO DIAZ SEIJAS
(Nota a "El Oscurano")

"Un ámbito cuidadosamente elaborado como construcción verbal, suficiente en sí misma, pero abierta al recuerdo, a las inquietudes, a las interrogantes, a las afirmaciones y a las esperanzas de cualquier lector de lengua castellana".

JOSE SANTOS URRIOLA
(Nota a "Las Iras del Orate")

PVP. Bs. 35